

el vaso lleno. De este modo se declaró la guerra á la moda del País el día 22. de Agosto de 1524. La despedida de estos combatientes fue memorable, por sazonada, pues dixo Carlostadio á Lutero: *Ojalá te vea yo puesto sobre una rueda de navajas, y este le respondió: Ojalá te rompas tú la cabeza antes de salir de la Ciudad.* La entrada no habia sido menos agradable, y divertida. Pues por las artificiosas solicitudes, y malignos oficios de Carlostadio al entrar Lutero en Orlemonda, *fue recibido á grandes pedradas, y casi oprimido, ó cubierto de cieno, y lodo,* que le tiraron. Este es el nuevo Evangelio. Estos son los actos de los nuevos Apóstoles: de tales árboles, tales frutos.

XII.

Guerras de los Anabatistas, y de los paysanos sublevados. Parte que tuvo Lutero en estas sublevaciones.

1525.
Sleid. lib. 5.
ibid. 75.

Poco despues sobrevinieron mas sangrientas, y quizá mas peligrosas batallas. Los paysanos tumultuados se habian juntado hasta el numero de quatroenta mil. Los Anabatistas tomaron las armas con un furor inaudito. Emplazado Lutero por los paysanos para que decidiese, y pronunciase sobre las pretensiones que ellos tenian contra sus respectivos Señores Temporales, representó en este teatro un extravagante personage. Pues por una parte escribió á los paysanos, que Dios prohibia las sediciosas rebeliones; y por otra escribió á los Señores, que ellos ejercitaban una tiranía, diciendoles, *que los Pueblos no podian, no querian, ni debian ya sufrir.* De manera, que con esta última palabra restituia á la sedicion las armas, que parecia haberle quitado. La tercera carta, que escribió en comun á uno, y á otro partido, atribuia la sinrazon á ambos, y les anunciaba los terribles juicios de Dios, sino se componian amigablemente. En esta ocasion, por una parte se vituperaba su estilo afeminado con afectacion, ó zalameria: y poco despues se tuvo razon de hacerle cargo, y echarle en cara su dura aspereza, como intolerable. Publicó su quarta carta, en la qual estimulaba, é incitaba á los

los Principes, que estaban poderosamente armados, *á que exterminassen, y arruinassen sin misericordia á aquellos infelices,* que no se habian aprovechado de sus avisos, y consejos, *como á que solo perdonassen á los que se rindiessen voluntariamente,* como si un populacho engañado, y vencido, no fuesse un objeto mas digno de compassion, que de castigo, y fuesse necesario tratarle con el mismo rigor, con que se debe proceder contra las malas cabezas, que le han seducido. Mas Lutero lo queria assi: y quando vió, que condenaban un parecer tan cruel, como él mismo era incapáz de confessar su sinrazon en cosa alguna, compuso tambien un libro expressamente, y á posta para probar, que realmente *no se debia tener misericordia alguna* para con los rebeldes, ni perdonar aun á aquellos, *á quienes la multitud hubiesse llevado por fuerza á alguna accion sediciosa.* Consiguientemente se vieron aquellos famosos combates, que costaron tanta sangre á la Alemania: tal era el estado de las cosas quando la disputa Sacramentaria encendió en ella un nuevo infernal fuego.

Carlostadio, quien suscitó esta perniciosa disputa, habia introducido ya una novedad extremadamente escandalosa: porque este fue el primer Presbítero de algun crédito que se casó. Este exemplar produjo efectos horribles en el Orden Sacerdotal, y en los Claustros. Carlostadio no estaba todavia entonces en discordia con Lutero. Y aun en el mismo partido se hizo irrision del casamiento de este Sacerdote, que era ya viejo. Mas Lutero, que deseaba hacer lo mismo, no decia palabra. El tal Lutero se habia ya enamorado de una Monja de calidad, y de una rara hermosura, á la qual habia sacado de su Monasterio: Una de las máximas de la nueva Reforma, era que los votos Religiosos eran una práctica del Judaismo, y que ninguno de ellos obligaba menos, que el de castidad,

XIII.
Escandaloso casamiento de Lutero, que habia sido precedido por el de Carlostadio.

El Elector Federico dexaba que Lutero dixesse estas cosas; pero no hubiera podido digerir que se huviesse llegado al efecto, sino deseára tomar pretexto para su intento, el qual se verá despues. Este Principe tenia grande aversion, y despreciaba mucho á los Sacerdotes, y los Religiosos, que se casaban en perjuicio de los Canones, y de tan Sagrada Disciplina, venerada en todos los siglos. Y assi, para no perder su estimacion en el ánimo del Principe Federico, fue necessario tener paciencia durante la vida de este. Pero apenas murió luego inmediatamente se casó Lutero con su Monja. Este casamiento se hizo en el año de 1525. esto es, en lo fuerte, y mas encendido de las guerras civiles de Alemania, y quando las disputas Sacramentarias ardian con mayor violencia. Lutero tenia entonces 45. años, y este hombre infeliz, que baxo la Disciplina Religiosa, y con el favor de ella habia passado toda su juventud sin reprehension, ni nota en la continencia, en una edad ya bastantemente adelantada, y en tiempo que se le reputaba allí por dado á todo el Universo, como Restaurador del Evangelio, no tuvo verguenza de abandonar un estado de vida tan perfecto, y volver atrás ignominiosamente.

Sleidano toca superficialmente este successo, diciendo: *Lutero casó con una Monja, y con esto dió lugar á nuevas acusaciones de sus contrarios, que le han llamado furioso, y esclavo de Satanás.* Pero este Historiador no nos manifiesta todo el secreto, ni fueron los contrarios de Lutero los únicos, que vituperaron su casamiento: pues él mismo se avergonzó. Sus discípulos mas obedientes quedaron sorprendidos á vista de este successo. Y nosotros tenemos la noticia de todo ello por una carta curiosa de Melancton, dirigida al docto Camerario, su íntimo amigo, la qual expressamos aquí.

Esta carta estaba toda escrita en Griego, pues de este modo trataban ellos entre sí las cosas ocultas.

Lib. 5. f. 77.
Lib. 4. Epist.
24. 21.
Jul. 35. 25.

XIV.
Menorable
carta de Me-
lancton

tas. Dícele pues, *que Lutero, quando menos se pensaba en esto, se habia casado con la Boréa (esta era la Monja á quien él amaba) sin decir palabra de esto á ninguno de sus amigos; pero que una noche, habiendo convidado á cenar á Pomerano, (este era el Prelado) á un Pintor, y á un Abogado, hizo las acostumbradas ceremonias: que causaría grande admiracion ver, que en un tiempo tan infeliz, en que todas las personas de bien tenian tanto que sufrir, no hubiesse él tenido ánimo para compadecerse de sus males, y pareciesse por el contrario darsele tan poco cuidado de las desgracias, que les amenazaban, aún dexando tambien disminuirse su crédito en unas tan fatales circunstancias, en que la Alemania necesitaba mas de su autoridad, y de su prudencia.* Despues consiguientemente refiere á su amigo las causas de este casamiento; y assi dice, *que sabe suficientemente, que Lutero no es enemigo de la humanidad, y cree, que se ha empeñado en este casamiento por una natural necesidad: que no debe causar maravilla, que la magnanimidad de Lutero se haya dexado debilitar, y rendirse: que aquel modo de vida es inferior, y comun, pero santo; y que sobre todo la Escritura dice, que el matrimonio es honorable: que en realidad no hay en esto pecado alguno, y que si alguna otra cosa se vituperá á Lutero, es una calumnia manifiesta.* Esto procedia de haber corrido las voces de que la Monja estaba en cinta, y próxima al parto, quando Lutero casó con ella, lo qual se halló muy lexos de la verdad. Melancton pues tenia razon en justificar á su Maestro sobre este punto. Y assi dice, *que todo lo que se puede vituperar en su accion, es el mal tiempo en que executa una cosa tan inopinada, y la complacencia que va á dar á sus enemigos, que no solicitan otra cosa, que acusarle: en lo demás dice, que le observa muy triste, y turbadissimo por esta mudanza, y en fin, que hace todo quanto puede por consolarle.* Manifiestase suficientemente quan avergonzado, y lleno de enbarazos se hallaba Lutero á causa de su ca-

lancton á Camerario, sobre el escandaloso casamiento de Lutero.

samiento, y quan sentido de ello estaba Melancton, no obstante el gran respeto que le tenia. Y lo que añade al fin dá tambien á conocer, quanto creia él se inmutaría Camerario, sabiendo esta novedad, pues dice, que habia querido prevenirle, *temiendo, que en el deseo que tenia de que Lutero permaneciese siempre irreprehensible, y su honra sin mácula, no se dexasse turbar demasiado, ni se desanimasse por esta estúpida noticia.* Estos sequaces habian considerado desde el principio á Lutero, como á un hombre superior á todas las flaquezas comunes; y assi, las que les dió á ver en este escandaloso casamiento, les puso en la mayor confusion. Pero Melancton consuela en el mejor modo possible, assi al amigo, como á sí mismo, expressando, *que en esto podia haber alguna cosa oculta, y divina: que él tiene muestras ciertas de la piedad de Lutero, que no será inutil le sobrevenga algo, que les humille, pues hay tanto peligro en ser elevados, no solo á ser Ministros de cosas sagradas, sino tambien á ser superiores á todos los hombres: que sobre todo, los mayores Santos de la antigüedad cayeron en algunos defectos, y que finalmente se debe aprender á aplicarse, y unirse á la palabra de Dios por sí misma, y no por el mérito de los que la predicán, no habiendo cosa mas injusta, que vituperar la doctrina á causa de los defectos, y pecados, en que caen los Doctores.*

Sin duda, que la máxima expressada en estas últimas palabras es buena; pero no era menester hacer, ni tomar tanto fundamento sobre los defectos personales, ni estriyar tanto sobre Lutero, á quien veian tan debil, y afeminado, aunque por otra parte era tan audáz; ni, finalmente, exágerarnos tanto la Reformation, de que ellos se gloriaban, como de una maravillosa obra de la mano de Dios, pues el principal instrumento de esta obra incomparable era un hombre, no solamente tan vulgar, comun, y ordinario, sino tambien tan furioso, violento, y precipitado sin igual.

Bien

Bien facil es juzgar por la coyuntura de las cosas, que el contratiempo expressado, que ocasiona tanto afan á Melancton, y la borrascosa diminucion, y la decadencia, que él notaba suceder á la honra, y estimacion de Lutero en un tiempo en que se necesitaba mas de él, miraban á la verdad, á las horribles turbaciones, que hacian dixerse el mismo Lutero, que la Alemania estaba próxima á perecer, y arruinarse; pero aún tocaban mucho mas á la disputa Sacramentaria, por cuya causa conocia muy bien Melancton, que la autoridad de su Maestro iba ya á destruirse, y arruinarse. En efecto, no se juzgaba que Lutero estuviesse inocente de las horribles turbaciones de Alemania, pues se principiaron por gentes que habian seguido su Evangelio: se mostraban incitadas, y animadas por sus mismos escritos, fuera de que, segun ya hemos visto, el mismo Lutero al principio habia lisongeadó tanto, como reprimido el furor de los paysanos sublevados, procediendo inconsequente. La disputa Sacramentaria era tambien considerada, como parto, ó aborto, y fruto infecto de su perniciosa doctrina. Los Catolicos justamente le echaban en cara, que influyendo tanto desprecio contra la autoridad de la Santa Iglesia, y trastornando este sólido fundamento, lo habia reducido todo á odiosas quëstiones. Y assi, decian: Vease lo que es haber puesto la decision en manos de los particulares, y haberles hecho creer, que la Santa Escritura está tan clara, que para entenderla no es necesario mas que leerla, sin consultar á la Santa Iglesia, ni á la antigüedad. Todas estas cosas, y consideraciones causaban horrible tormento á Melancton; y siendo él naturalmente tan perspicáz, veia nacer en la Reforma una discordia, que haciéndola odiosa, era tambien muy á propósito para encender una guerra, incapáz de reconciliacion.

Al mismo tiempo sobrevinieron otras cosas diversas, que turbaban en extremo á Melancton. Pues

XV.
Notable diminucion, y decadencia de la imaginada autoridad de Lutero.

Sleid. lib. 7.
109.

XVI.
Disputa entre Erasmo, y

y Lutero sobre el libre alvedrio. Melancton lamenta los locos furioses, y excessos de Lutero. *Epist. Luther. ad Erasm. Epist. lib. 6. 5.*

la disputa se habia encendido notablemente sobre el libre alvedrio entre Erasmo, y Lutero. La estimacion de Erasmo era grande en toda la Europa, aunque por todas partes tenia muchos enemigos. Al principio de las turbaciones nada habia omitido Lutero por atraerle á su partido, y opinion, habiendole escrito con expresiones de tanto respeto, y submission, que rocaban en baxeza.

Al primer aspecto le favorecia Erasmo, sin querer éste, no obstante, dexar la Santa Iglesia. Quando vió el mismo Erasmo manifestamente declarado el cisma, se apartó de Lutero totalmente, y escribió contra él, pero con mucha moderacion; mas Lutero en vez de imitarle, publicó poco despues de su casamiento una respuesta tan envenenada, que compelió á Melancton á decir: *Plugiesse á Dios, que Lutero guardasse silencio! Yo esperaba que la misma edad le facilitaria mas mansedumbre, pero veo que cada dia se hace mas violento, impelido, y estimulado de sus adversarios, y de las disputas en que le es preciso entrar como si un hombre que se apellidaba Reformador del Mundo, debiesse tan repentinamente olvidar su personage, y no estuviesse obligado, por mas que se hiciesse, á permanecer siempre dueño de sí mismo. Esto me atormenta sumamente, decia Melancton, y si Dios no pone la mano en ello, será infelicísimo el fin, y éxito de estas disputas.* Viendose Erasmo tratado con tanta aspereza por un hombre con quien él habia proeedido tan arento, y circunspecto, decia chanceandose: *Yo creía que el matrimonio le hubiesse amansado.* Y lamentaba su suerte de verse, no obstante su mansedumbre, y en su vejez, condenado á combatir, y pelear contra una feróz bestia, contra un furioso javalí, como era Lutero.

Los discursos, y expresiones injuriosas de Lutero no eran lo que habia de mas excessivo, y disparado en los libros, que escribió contra Erasmo. La doctrina contenida en ellos era espantosamente hor-

XVII.
Blasfemias,
y audacia de
Lutero en
su

horrible, pues intentaba concluir, no solo, que el libre alvedrio se habia extinguido totalmente en el genero humano despues de su caída, (que era ya un error comun en la nueva Reforma) sino tambien, que es imposible, que otro que Dios sea libre: que su presciencia, y la Providencia Divina hacen que todas las cosas sucedan por una immutable, eterna, é inevitable voluntad de Dios, que fulmina, y despedaza todo el libre alvedrio, que este nombre de libre alvedrio, es un nombre, que solo pertenece á Dios, y no puede convenir al hombre; al Angel, ni á criatura alguna.

Con este impio heretico sentir se veia Lutero compelido á hacer á Dios Autor de todos los pecados, y crímenes, y no lo dissimulaba, pues decia en terminos formales, que el libre alvedrio era un titulo vano; que Dios obra en nosotros el mal, como el bien: que la mayor perfeccion de la Fé es creer, que Dios es justo, aunque nos haga necessariamente condenables por su voluntad; de suerte, que parece se complace de los suplicios de los infelices. Y tambien dice: *Te agrada Dios, quando corona á los indignos: no debe desagradarte, quando condena á los inocentes.* Y añade por conclusion: que él decia estas cosas, no examinando, sino determinando: que no entendia someterlas al juicio de alguno, sino que aconsejaba á todos á sujetarse á ellas.

Por cierto que nadie debe admirarse de que tales excessos, y blasfemias turbassen el animo moderado de Melancton. No porque éste desde el principio hubiesse dexado de caer en estos assombrosos errores de doctrina, habiendo dicho él mismo con Lutero, que la presciencia de Dios hacia al libre alvedrio absolutamente imposible, y que Dios no tra menos causa de la traycion de Judas, que de la conversion de San Pablo. Pero fuera de que él era mas llevado á este impio sentir por la autoridad de Lutero, que por sí mismo, ni por su propio pascreer no habia cosa mas distante de su animo,

Tom. I.

Q

que

su tratado de el Siervo alvedrio.

De Serv. Arb.

l. 2. 426.

429. 431.

435.

Ibid. f. 444.

Ibid. f. 465.

Loc. com. edit.

Commin Epist.

ad Rom.

que el expressarlo así, é intentar establecer estas opiniones de un modo tan insolente: Y así quedaba todo fuera de sí mismo, quando notaba los furiosos impetus, y los expressados errores de su Maestro.

XVIII. Nuevos impetus, furores, y desenfrenos contra el Rey de Inglaterra. Lutero se jacta de su mansedumbre.

Epist. ad Reg. Angl. t. 2. p. 92.

Ad maled. Reg. Angl. resp. t. 2. p. 80.

Ibid. 494. 495.

Bien presto vió Melancton, como su Maestro los aumentaba, y redoblaba al mismo tiempo en su procedimiento contra el Rey de Inglaterra. Pues Lutero que habia concebido alguna buena opinion de este Principe en la noticia, que tuvo de que su dama Ana Bolena era muy favorable al Luteranismo, se habia suavizado hasta disculparse, exponiendole algunas razones para cohonestarse de sus primeras iras, y altiveces, como pidiendole perdón. La respuesta del Rey no fue qual Lutero la esperaba. Pues Henrique VIII. le echó en cara la flaqueza de su espíritu, los errores de su doctrina, y la ignominia de su escandaloso casamiento. Entonces Lutero, quien nunca se humillaba, sino solo para que los demás se echassen á sus pies, y nunca dexaba de fulminar contra aquellos que lo hacian con toda presteza, respondió al Rey: *Que él se arrepentia de haberle tratado con tanta suavidad: que habia hecho esto á instancias, y ruegos de sus amigos, con la esperanza de que esta suavidad seria útil á este Rey: que el mismo intento le habia impelido en otra ocasion á escribir urbanamente al Legado Cayetano, á Forge, Duque de Saxonia, y á Erasmo; pero que habia tenido mala correspondencia en todo esto, y que así no le sucederia otra vez caer en el mismo error de proceder tan urbano.*

En medio de todos estos monstruosos excessos, todavia elogiaba Lutero su summa mansedumbre. Y á la verdad, expressaba, que *assegurandosse sobre el inalterable assilo de su doctrina, no cedia en altivez, y ossadía al Emperador, ni á Rey, ni á Principe, ni á Satanás, ni á todo el Universo; pero si el Rey queria despojarse de su carácter de Magestad*

para tratar mas libremente con él, veria como se mostraba humilde, y suave, aun con las personas de menor esfera: siendo un verdadero cordero en sencillez, que no podia juzgar mal de quien quiera que fuesse.

¿Qué concepto podia hacer Melancton, quien era muy pacifico por su natural, viendo que la injuriosa pluma de Lutero le suscitaba en lo exterior tantos enemigos, en ocasion que la disputa Sacramentaria se los ocasionaba, y producía en lo interior tan formidables? Ya se conoce quan consternado se hallaria.

Realmente al mismo tiempo se levantaron las mas ossadas plumas de su partido contra el mismo Melancton. Carlostadio habia hallado defensores, que no dexaban, ni permitian ya menospreciarle. Assi, impelido, y perseguido de Lutero, y expulso de Saxonia, se habia retirado á la Suiza, donde Zuinglio, y Ecolampadio tomaron sobre sí su defensa. Zuinglio, Prelado de Zurich, habia empezado á perturbar la Iglesia, con ocasion, y motivo de las Indulgencias, como lo habia executado Lutero, pero lo hizo algunos años despues. Este Zuinglio era un hombre atrevido, que tenia mas ardimiento, y fuego que ciencia: es cierto que habia mucha claridad en sus discursos, y ninguno de los pretendidos Reformadores explicó sus conceptos en modo mas preciso, y distinto, ni mas uniforme, y consiguiente; pero tampoco hubo alguno que los esforzasse á mayor exceso, ni los expusiesse con mayor ossadía, é impiedad. Y como se conocerá mejor el carácter del espíritu de este Zuinglio por sus pensamientos, y expresiones, que por mis palabras, referiré aquí un passage de la mas exácta, y cabal de todas sus Obras. Este es la confession de fé, que él dirigió poco antes de su muerte á Francisco I. Rey de Francia. En ella, explicando el artículo de la Vida Eterna, dice á este Principe: *Que él debe esperar ver la Congregacion de todos los hombres que fueron Santos valerosos, fieles, y virtuosos desde el principio del mundo.* Y assi,

XIX. Zuinglio, y Ecolampadio toman sobre sí la defensa de Carlostadio. Dicese quien era Zuinglio: y su doctrina sobre la salvacion de los Paganos.

Christ. Fidei clara expos. 1536. p. 27.

prosigue: *Alli vereis á los dos Adanes, al Redimido, y al Redemptor. Alli vereis á un Abél, un Enoch, un Noé, un Abraham, un Isaac, un Jacob, un Judas, un Moisés, un Josué, un Gedeon, un Samuel, un Phinees, un Elías, un Eliseo, un Isaias con la Virgen, Madre de Dios, que él anunció á David, un Ezechias, un Josías, un Juan Bautista, un San Pedro, un San Pablo. Alli vereis á Hercules, Theseo, Socrates, Aristides, Antigono, Numa, Camilo, los Catones, los Scipiones. Alli vereis á nuestros Predecesores, y á todos vuestros Antepassados, que salieron de este mundo con la Fé. Y finalmente, no habrá hombre de bien alguno, alguna alma Santa, algun espíritu fiel, que alli no veais con Dios. ¿Qué puede caer en el pensamiento de mas excelente, de mas agradable, ni de mas glorioso que este espectáculo? Ahora pregunto yo, ¿quién hubiera tenido jamás el atrevimiento de poner assi á Jesu-Christo confusamente con los Santos, y en el acompañamiento de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apostoles, y del mismo Salvador del mundo, mezclando hasta un Numa, padre de la Idolatría Romana, hasta un Caton, que a manera de loco furioso se mató á sí mismo, y no solo á tantos adoradores de las falsas divinidades, sino tambien hasta los mismos Dioses falsos, y hasta los Heroes, como un Hercules, y un Theseo, que fueron adorados de ellos? ¿No sé por qué razon no puso tambien á Apolo, ó á Baco, y al mismo Jupiter? ¿Y si lo omitió por horror de las infamias, que los Poetas les atribuyen, acaso fueron menores las de Hercules? Ya ves de lo que se compone el Cielo, segun esta impia cabeza del segundo partido de la decantada Reforma: Esto es lo que escribió en una Confession de Fé, que se atrevió á dedicar á uno de los mayores Monarcas del Christianismo, y vé ahí lo que Bulingero su successor nos ha expuesto de ella, juzgandola como la obra mas primorosa, y como ultimo Canto de este melifluo Cisne, mejor dixera, ronco, dissonante Buho. ¿Y no causará espanto-*

Prof. Buling.
ibid.

tosa admiracion el considerar, que semejantes sujetos hubiessen podido ser reputados, como unos hombres extraordinariamente enviados de Dios para reformar su Iglesia?

Lutero no le perdonó sobre este punto, y manifestó con la mayor claridad, que él desesperaba de su salvacion, porque no contento con perseguir en impugnar, y combatir al Sacramento, se habia hecho Paganano, poniendo á unos impíos Gentiles, y basta á un Scipion Epicureo, hasta un Numa, organo del Demonio para instituir la idolatría entre los Romanos, colocandoles en la classe, y numero de las almas bienaventuradas. Porque, ¿de qué nos sirven el Bautismo, los demás Sacramentos, la Escritura, y el mismo Jesu-Christo, si los Impíos, los Idolatras, y los Epicureos son Santos, y Bienaventurados? Y esto, ¿qué otra cosa es, sino enseñar, que cada uno puede salvarse en su Religion, y en su creencia?

Ciertamente era muy difícil el darle respuesta, y por lo mismo no se le respondió en Zurich, sino solo por via de una mala contraquerela, acusandole á él mismo de haber colocado entre los Fieles Nabuchodonosor, á Naaman Syrio, á Abimelech, y á otros muchos, los cuales habiendo nacido fuera de la alianza, y de la estirpe de Abraham, no dexaron de salvarse, como dice Lutero, *por una fortuita misericordia de Dios.* Pero sin deprimir esta *fortuita misericordia de Dios*, que á la verdad es algo extravagante, y fanática: una cosa es el haber dicho con Lutero, que pudo haber habido hombres que hubiessen conocido á Dios, fuera del numero de los Israelitas, y otra es el colocar con Zuinglio en el numero de las almas santas á los que adoraban á las falsas Divinidades: y si los Zuinglianos tubieron razon en condenar los excessos, y las violencias de Lutero, la hay aun mas en condenar el monstruoso error de Zuinglio. Porque al fin, no era esta una de aquellas inconsideradas expresio-

XX.
Vana respuesta de los de Zurich en defensa de de Zuinglio.
Parv. Co f.
Luth. H. p.
p. 2. f. 137.

Apel. tigur.
Hospin. p. 2.
fol. 198.

XXX
Luth. Hom.
in Gen. cap.
4. y 20.

nes,

nes, que á los hombres se les deslizan de la boca con el calor del discurso, ó argumento, pues escribia una confession de Fé, y es manifesto, que su voluntad era hacer una sencilla, ingenua, y clara explicacion del Symbolo de los Apostóles: obra de tal naturaleza, que debe requerir mas que otra alguna, una madura reflexionada consideracion, una doctrina exácta con un sentido tranquilo, y bien pesado. En el mismo concepto habia hablado ya tambien de Seneca, como *de un hombre Santissimo*, en cuyo corazon *habia Dios escrito la Fé* con su propia mano, porque habia expressado en una carta a Lucilo, *que nada era oculto á Dios*. Ve aqui pues, á todos los Filósofos Platonicos, los Peripateticos, y los Estoicos en el numero de los Santos, y llenos de fé, pues San Pablo confiesa, que conocieron lo que hay de invisible en Dios por medio de las visibles obras de su poder, y lo que dió lugar al mismo San Pablo para condenarles en la Epistola á los Romanos, les justificó, y santificó en la opinion de Zuinglio, que impía, y hereticamente lo entendió así.

XXI.

Errores de Zuinglio sobre el pecado original.

Para enseñar semejantes extravagancias, y necedades, es forzoso no tener idéa, ni concepto alguno de la justicia Christiana, ni de la depravacion de la naturaleza humana. Zuinglio tampoco conocia el pecado original. Pues en la citada confession de Fé dirigida á Francisco I. Rey de Francia, y en otros quatro, ó cinco tratados que escribió expressamente, para probar contra los Anabatistas el Bautismo de los niños, y explicar el efecto de este Sacramento en aquella pequeña edad, en ellos no habla en manera alguna del pecado original borrado, el qual sin embargo es de confession de todos los Católicos el principal fruto, y efecto de su Bautismo; esto es, el quitarlo y borrarlo: lo mismo habia hecho en todas las demás obras suyas. Y quando se le objetaba esta omission de un efecto de

de tanta entidad, mostraba que lo habia practicado de proposito, porque en su sentir *ningun pecado se quita por el Bautismo*. Pero todavia estierza mas su temeridad, pues claramente quita el pecado original, diciendo, *que este no es un pecado, sino una infelicidad, un vicio, una enfermedad: y que no hay cosa mas débil, ni mas distante de la Escritura, que decir, que el pecado original sea, no solo una enfermedad, sino tambien un pecado*. Y procediendo conformemente á estos principios, decide con su propia autoridad, que los hombres á la verdad nacen *inclinados al pecado por su amor propio*, pero no pecadores, sino impropriamente, y tomando la pena del pecado por el mismo pecado, y que esta *inclinacion al pecado*, que no puede serlo, causa, y hace, segun él, todo el mal de nuestro origen. Es verdad, que en la continuacion del discurso confiesa, que todos los hombres perecerian sin la gracia del Mediador, porque esta inclinacion al pecado no dexaría de producir el pecado con el tiempo, sino fuesse detenida, y refrenada. Y en este sentido confiesa, que todos los hombres son condenados *por la fuerza del pecado original*: una fuerza, que consiste, como hemos visto, no en el hacer á los hombres verdaderamente pecadores, como todas las Iglesias Christianas lo han decidido contra Pelagio, sino en hacerles *solo inclinados al pecado* por la flaqueza de los sentidos, y del amor propio; lo qual no hubieran negado los Pelagianos, ni los mismos Paganos.

La decision del mismo Zuinglio sobre el remedio de este mal, no es menos extraña. Porque quiere que sea quitado indiferentemente en todos los hombres por la muerte de Jesu-Christo, independientemente de el Bautismo: de manera, que al presente en su sentir *el pecado original á ninguno condena*, ni aun á los hijos de los Paganos. Y aunque respecto de estos no se atreve á poner la salvacion de ellos en la misma certidumbre que la de los

Declar. de pecc. orig.

Chris-